

INTENTIONAL ASCRIPTION IN CASES OF SCHIZOPHRENIA: A DAVIDSONIAN PERSPECTIVE

Emilia Vilatta

IDH-CONICET-UNC, Argentina

emiliavilatta@gmail.com

Abstract

Currently, there is an ongoing discussion regarding the possibility to extend Donald Davidson's account of intentional ascription to cases of deluded subjects suffering different psychiatric disorders. Particularly, regarding to severe cases of schizophrenia, some authors have claimed that, due to the irrational thinking and behavior of these subjects, they cannot satisfy rationality constrains to be considered intentional agents. Therefore, in these cases, it cannot be even possible to identify mental contents of their delusions. In this paper, I will challenge this view and, by linking the debate about animal rationality and rationality in subjects with schizophrenia, I will argue that, once revised and qualified some principles of Davidson's approach, it can be gradually and legitimately extended to delusional subjects suffering schizophrenia, even in severe cases. In addition, I will propose two methodological strategies that are able to produce evidence in favor of the attribution of –at least– some simple beliefs to these subjects, without having stopped treating them as agents with some degree of intentionality.

Keywords: intentional ascription, Donald Davidson, delusions, schizophrenia.

Received: 07 - 06 - 2016. Accepted: 26 - 10 - 2016.

ATRIBUCIÓN INTENCIONAL EN CASOS DE ESQUIZOFRENIA: UNA PERSPECTIVA DAVIDSONIANA

Emilia Vilatta

IDH-CONICET-UNC, Argentina

emiliavilatta@gmail.com

Resumen

Actualmente se debate si el enfoque davidsoniano de la atribución intencional puede extenderse a casos de sujetos delirantes que sufren diversos trastornos psiquiátricos. En particular, respecto a los casos graves de esquizofrenia, se ha afirmado que debido a las características que presentan los sujetos diagnosticados, éstos no podrían satisfacer los requisitos de racionalidad estipulados por Davidson para ser considerados agentes intencionales. Por lo tanto, en tales casos no sería posible siquiera identificar los contenidos mentales de sus delirios. En este artículo desafiare esta perspectiva y, vinculando la discusión sobre racionalidad animal y racionalidad en sujetos con esquizofrenia, sostendré que, una vez revisados y matizados algunos principios del enfoque davidsoniano, éste puede extenderse gradual y legítimamente a sujetos con esquizofrenia, incluso en casos de gravedad. Asimismo, propondré dos estrategias metodológicas que permitan generar evidencia a favor de la atribución de –al menos– algunas creencias simples a estos sujetos, sin tener que dejar de tratarlos como agentes con algún grado de intencionalidad.

Palabras clave: atribución intencional, Donald Davidson, delirios, esquizofrenia.

Recibido: 07 - 06 - 2016. Aceptado: 26 - 10 - 2016.

1. Introducción

Un fenómeno que recientemente ha atraído especialmente la atención de los filósofos ha sido el delirio, ya que, entendido como un caso paradigmático de irracionalidad, supone un desafío significativo a buena parte de las teorías filosóficas clásicas sobre la explicación e interpretación de la conducta, en la medida en que estas suelen comprometerse con estándares de racionalidad muy elevados. En particular, una de las discusiones claves ha girado en torno a la posibilidad de explicar intencionalmente los pensamientos y comportamientos de los sujetos delirantes (Bortolotti, 2005; Campbell, 2009; Klee, 2004; Reimer, 2011).

En el marco de estas discusiones, uno de los filósofos que ha sido objeto de mayor interés es Donald Davidson. Principalmente, esto se debe a que este autor ha mantenido, en línea con una reconocida tradición filosófica, una concepción paradigmática sobre la racionalidad y la agencia intencional, estableciendo un fuerte vínculo entre pensamiento y lenguaje que lo ha llevado a trazar una nítida distinción entre las capacidades cognitivas de los sujetos humanos adultos, lingüísticamente competentes, y las de otras criaturas. En lo que concierne a estas “*otras*” criaturas, buena parte de los debates críticos sobre la concepción de Davidson se ha centrado en atacar su posición negativa con respecto a la posibilidad de atribuir intencionalidad a animales no humanos (Glock, 2000, 2003; Lurz, 2007, 2009; Schwitzgebel, 1997). Sin embargo, recientemente esta discusión se ha replicado, con sus matices, en el campo de la filosofía de la psiquiatría, donde la disputa en cuestión es si los humanos que padecen trastornos psiquiátricos pueden ser interpretados en términos intencionales. Ejemplo de ello es el modo en que el enfoque racionalista de Donald Davidson sobre la interpretación de la mente y la acción ha sido ampliamente criticado en recientes trabajos filosóficos que discuten el fenómeno del delirio (Bortolotti, 2005; Campbell, 2009; Gerrans, 2004; Klee, 2004).

Una razón central que motiva tales debates es que para muchos autores los sujetos que padecen de delirios no satisfacen los requisitos de racionalidad que –según Davidson– debe cumplir un agente para que sea legítimo atribuirle intencionalidad (Bortolotti, 2005; Campbell, 2009; Gerrans, 2004; Klee, 2004).

Desde una perspectiva opuesta, Reimer (2011, 2013) ha afirmado que los delirios no representan un contraejemplo para el enfoque de Davidson y que, incluso, éste puede resultar esclarecedor para la comprensión de tales fenómenos. No obstante, y curiosamente, Reimer ha arribado a conclusiones pesimistas sobre la posibilidad de interpretar a algunos sujetos diagnosticados con determinados trastornos psiquiátricos que tienen como síntoma principal al delirio.

En particular, en lo que concierne al caso de la esquizofrenia, Reimer ha argumentado que los delirios de los sujetos que padecen este trastorno no serían susceptibles de una interpretación intencional. A pesar de ello, considera que dichos casos no constituyen un desafío para Davidson ya que, a su criterio, confirmarían aquello que el enfoque predice: si la irracionalidad es excesiva, el intérprete entonces no podrá siquiera identificar los contenidos mentales del sujeto a interpretar. A su juicio, esto es precisamente lo que sucedería en los casos de esquizofrenia. Como consecuencia, ha afirmado que no sería legítimo seguir tratando a los sujetos que padecen este trastorno como agentes intencionales.

De esto se siguen consecuencias importantes que el davidsoniano radical debiera admitir, como, por ejemplo, la conclusión de que estos sujetos serían seres sin mente, conclusión similar a la que Davidson establece para el caso de los animales. Un desenlace que resulta, como mínimo, sorprendente. Por el contrario, según lo concibo, es posible apelar al enfoque davidsoniano para acercarnos de modo gradual y matizado a las dificultades que surgen al momento de interpretar intencionalmente los pensamientos y conductas de aquellos sujetos que padecen diversos trastornos psiquiátricos.

Para defender tal posición, en primer lugar, presentaré tres casos de esquizofrenia, con el fin de discutir la posibilidad de atribuir legítimamente estados intencionales a estos sujetos. Luego, con el objetivo de analizar la perspectiva de Reimer, señalaré las reflexiones centrales establecidas por Davidson en torno al pensamiento animal. En la sección siguiente presentaré algunas consideraciones desarrolladas por Glock (2003) en pos de defender –contra Davidson– que la atribución de pensamientos a animales sin lenguaje es posible. A continuación, argumentaré que podemos extender esta estrategia argumentativa a los casos de esquizofrenia. Específicamente analizaré dos argumentos centrales que llevan a Davidson a negar la posibilidad de atribuir pensamientos a animales: el argumento del holismo de lo mental y el de la naturaleza intensional del pensamiento. Siguiendo algunas de las consideraciones

establecidas por Glock (2003) en torno al pensamiento animal, ofreceré una lectura alternativa (menos radical) del holismo de lo mental con el fin de defender la idea de que, una vez revisados y matizados algunos de los principios, el enfoque davidsoniano puede extenderse de modo gradual a distintos tipos de casos psiquiátricos. Posteriormente, sugeriré dos estrategias metodológicas para la búsqueda de nueva evidencia empírica que contribuya a legitimar algunas atribuciones intencionales. De este modo, según intentaré mostrar, el enfoque davidsoniano nos podrá permitir seguir atribuyendo –al menos– algunas creencias simples, sin tener que dejar de tratar a los sujetos diagnosticados con esquizofrenia, incluso en casos de gravedad, como agentes con algún grado de intencionalidad.

2. Esquizofrenia: a propósito de algunos casos

El Manual Diagnóstico y Estadístico de los trastornos mentales, 5^{ta} edición (DSM V), publicado por la Asociación Americana de Psiquiatría (APA, 2014: 99) define a la esquizofrenia (F20.9)¹ como un trastorno de al menos 6 meses de duración, el cual es diagnosticado según los siguientes criterios:

A. Incluye dos (o más) de los siguientes síntomas, cada uno presente durante una parte significativa de tiempo durante un período de un mes (o menos si fue tratada exitosamente). Al menos uno de ellos ha de ser (1), (2) o (3):²

¹ Es preciso mencionar que en la última versión del DSM (APA, 2014) se han omitido los subtipos de esquizofrenia que se distinguían en el DSM-IV (APA, 2000) (paranoide, desorganizado, catatónico, indiferenciado y residual) debido a su estabilidad diagnóstica limitada, su baja fiabilidad y su escasa validez (p. 810). De todos modos, algunos de los que eran subtipos en el DSM IV ahora funcionan como especificadores, a los fines de proporcionar mayor detalle en el diagnóstico. En consonancia, se ha incluido en la sección M del DSM-V un enfoque unidimensional de la gravedad de los síntomas básicos de la esquizofrenia, para captar la gran heterogeneidad en cuanto al tipo y la gravedad de los síntomas expresados en las personas con trastornos psicóticos. El capítulo “*Espectro de la esquizofrenia y otros trastornos psicóticos*” se encuentra ahora organizado según un gradiente de psicopatología (APA, 2014: 88).

² Al menos dos de los síntomas del Criterio A deben estar presentes durante una proporción de tiempo significativa, durante un periodo de 1 mes o más. Al menos uno de esos síntomas debe ser la presencia clara de delirios (Criterio A1),

1. Delirios³
2. Alucinaciones⁴
3. Discurso desorganizado (ej: disgregación o incoherencia frecuente)
4. Comportamiento muy desorganizado o catatónico
5. Síntomas negativos (es decir, expresión emotiva disminuida o abulia)

B. Durante una parte significativa del tiempo desde el inicio del trastorno, el nivel de funcionamiento en uno o más ámbitos principales (trabajo, relaciones interpersonales y/o cuidado personal) está muy por debajo del nivel alcanzado antes del inicio (o cuando comienza en la infancia o la adolescencia, fracasa la consecución del nivel esperado de funcionamiento interpersonal, académico o laboral).

C. Los signos continuos del trastorno persisten durante un mínimo de seis meses. Este período de seis meses ha de incluir al menos un mes de síntomas (o menos si se trató con éxito) que cumplen el criterio A (síntomas de la fase activa) y puede incluir períodos de síntomas prodrómicos o residuales.

D. Se han descartado el trastorno esquizo-afectivo y el trastorno depresivo o bipolar con características psicóticas.

E. El trastorno no se puede atribuir a los efectos fisiológicos de una sustancia o a otra afección médica.

F. Si existen antecedentes de trastorno de espectro autista o de un trastorno de la comunicación de inicio en la infancia, el diagnóstico adicional de esquizofrenia sólo se hace si los delirios o alucinaciones

alucinaciones (Criterio A2) o discurso desorganizado (Criterio A3). También se pueden presentar comportamientos muy desorganizados o catatónicos (Criterio A4) y síntomas negativos (Criterio A5) (APA, 2014: 100).

³ Creencia falsa basada en deducciones incorrectas sobre la realidad externa que se mantiene firmemente a pesar de lo que el resto de las personas creen, y a pesar de las pruebas evidentes e indiscutibles de lo contrario. La creencia no es ordinariamente aceptada por otros miembros de la cultura o subcultura de la persona (esto es, no es un principio de la fe religiosa) (APA, 2014: 824).

⁴ Percepción sensorial que se ve acompañada por el convincente sentido de la realidad de una percepción real, pero que ocurre sin estimulación externa del órgano sensorial implicado. Pueden ser de tipo auditivas, geométricas, gustativas, olfativas o táctiles (APA, 2014: 818).

notables, además de los otros síntomas requeridos para la esquizofrenia, también están presentes durante un mínimo de un mes.

Los síntomas característicos de la esquizofrenia comprenden un abanico de disfunciones cognitivas, conductuales y emocionales, aunque ningún síntoma concreto es patognomónico del trastorno. El diagnóstico conlleva la identificación de una constelación de signos y síntomas asociados con un deterioro del funcionamiento laboral o social. Cabe señalar, por último, que los sujetos con este trastorno varían de manera sustancial en la mayoría de las características, ya que la esquizofrenia es un síndrome clínico heterogéneo (APA, 2014: 100).

En lo que sigue presentaré tres casos. La elección de los mismos responde a las diversas dificultades que a mi criterio se presentan a la hora de interpretarlos. Asimismo, dicha elección apunta a mostrar la diversidad de casos que podemos hallar bajo este diagnóstico, lo cual hace que debamos matizar las consideraciones que puedan establecerse sobre los mismos atendiendo al hecho de que existen diversos grados de gravedad y afectación en diferentes sujetos.

En primer lugar, presentaré la anamnesis del caso de Karoline, luego el reporte del caso de MG y, por último, el reporte del caso HG.

Comencemos entonces por la anamnesis de la joven Karoline de 20 años, realizada por el Dr. Hechtb (Hecker, 1995). Los malestares de la joven comenzaron a los 16 años, luego de un vergonzoso acontecimiento social en un baile al que había sido invitada. La anamnesis relata lo siguiente:

Después de dicho acontecimiento, esta joven, que hasta el presente había gozado de buena salud, se quejó de una torpeza intensa en la cabeza y en todo el cuerpo, dio muestras de una actitud inquieta y de una ausencia de interés por el trabajo. De tanto en tanto se echaba al suelo para llorar y suplicar durante un buen rato. El 21 de febrero, a mediodía, se cortó una parte de su cabellera y, atravesando con zapatillas de baile el mercado cubierto de hielo y niebla, se la llevó a su primo para que la conservara, enrollada en la sortija de compromiso de su madre. Se dirigió luego a la estafeta de correos con una carta sin dirección, exigiendo imperiosamente que se la enviaran; después, ya de vuelta a casa, y aunque siempre fue muy taciturna y silenciosa, comenzó a

hablar mucho *en un elegante dialecto de oficial* (Hecker, 1995: 291).

En estado de agitación dijo que había sido envenenada con un té ruso que le había ofrecido la tarde anterior «la bestia» (designando así a su madre), después dijo que había perdido su inocencia, que la madre era un animal, y que todo eso era culpa de «la bestia». La inocencia perdida, el hecho de ser un animal, y también el estado de oficial, constituyeron en lo esencial sus conversaciones posteriores. Del mismo modo se introdujeron en la conversación: la religión, el rey y Garibaldi. Su modo de expresión es, en parte, elegante y se formula principalmente en términos militares, pero también degenera en palabras de lo más obscenas. En varias ocasiones surgieron accesos de rabia destructiva. Los intervalos lúcidos son raros y de corta duración. Todas las funciones corporales se desarrollaron regularmente, excepto el sueño que era irregular (Hecker, 1995: 291).

Luego se relata que a la edad de 20 años Karoline fue ingresada en el asilo de Schwetz, donde permaneció durante un año. Aquí, en lo que sigue, lo más destacable de las anotaciones de la observación en Schwetz:

Estado actual: cuerpo pequeño bien alimentado, morena, mímica viva; fuga de ideas con inhibición intercurrente, ideas delirantes melancólicas: está en prisión, está loca, es una hija ilegítima, su padre aún vive, E. no es su padre, una enfermera es su madre. Se arroja a los pies del médico, implora la gracia de poder besarle la mano, después se aparta, oculta su rostro tras los cabellos descuidados, se mueve de aquí para allá agitadamente, en algunos momentos rompe sus ropas (Hecker, 1995: 291).

Unos meses después se anota lo siguiente:

[...] exacerbación de la agitación, rotura de vidrios, etc., ideas delirantes extrañas, lenguaje particularmente amanerado. Además, se nota una risa inmotivada

muy frecuente. Por otra parte, su estado, y en especial su humor, presentan oscilaciones extremas. De tanto en tanto sobrevienen sentimientos paroxísticos de furor –generalmente en los momentos de las reglas– motivadas por las ideas delirantes y las alucinaciones, en especial las alucinaciones auditivas. En una ocasión dice ser la emperatriz de Francia, otra vez dice que el Dr. B. es su marido, retractándose de su primera pretensión (Hecker, 1995: 292).

Un año más tarde, Karoline fue admitida en el asilo de Allenberg. El Dr. Hechtb reporta lo siguiente:

Por lo general, es silenciosa, participa poco, se ocupa de trabajos manuales, tiene una actitud pueril en contradicción con su edad, con una visión de las cosas muy limitada, se adhiere frecuentemente a ideas exaltadas y puerilmente insensatas, está casi siempre confusa en el curso del pensamiento y en la elaboración conceptual. Por momentos se agita, etc. Personalmente sólo he observado a la enferma en muy contadas ocasiones, pero he observado en ella la impresión de una actitud llamativamente bobalicona y pueril (Hecker, 1995: 293).

Finalmente, añado aquí una carta que la paciente envía a su madre:

¡Mi querida buena mamá! Seas mil veces saludada por tu hija Karoline con ardientes lágrimas y un dolor punzante. Te presento mis votos más cordiales de dicha, que la alegría florezca para ti sobre el estrecho sendero de la vida. Sin ti busco en vano habituarme a la cadena de la amistad extraña, pero el tiempo y la hora me lo enseñarán en su momento. Las flores están marchitas, las frescas quiero te las (falta el verbo)... Te beso la mano; vive muchos años, guarda en tu corazón a tu hija Karoline E. Traducción de J. M. A. (Hecker, 1995: 293).

Más extraño aún resulta el caso del paciente MG, un hombre de 42 años, con el mismo diagnóstico, pero con un estado de desorganización del lenguaje notable. Fulford, Thornton & Graham (2006) señalan que

MG era un buen conversador. No obstante, si bien MG conversa, esto es lo que dice:

Sólo un vapor vocal, como vyrax landroidal sutra. Si tuvieran un grupo especial de personas que tuviesen una eficiencia de ingeniería de la responsabilidad de los profesionales en el DHSS. Mis doctrinas son muy poderosas en escritura a mano, y las transmisiones de silencio que escucho vienen de alguien, en algún lugar, que sufre de psicosis. Tengo un bloqueo verbal auditivo en mis orejas como si alguien me estuviera presionando... Oh, no sé cómo se lo llama, mi músculo... para que vuelva a la normalidad con un espacio entre mis dientes, er, er... invoca enfermedades, corporología, tómas híbridos, insectos, y te hace... alguien me está manipulando. No te quiero hacer enfrenar con el hecho de que yo no conozco a un turco adicto a las drogas cuando él duerme en una caja, ya sabes... Estoy seguro de que podemos ir de un planeta a otro mediante el niño hipnotizante de Papá Noel y si se quiere, el gigante. Soy como em?. Soy un piloto... triclórínético (Fulford, *et. al.*, 2006: 164).

Por último, tenemos el reporte del caso de HG, una mujer de 19 años con diagnóstico de esquizofrenia de tipo desorganizado, con un estado de gravedad mayor. El reporte del caso relata lo siguiente:

HG muestra un comportamiento muy infantil. Se ríe sola sin cesar. Agarra objetos comunes y se ríe histéricamente. Arranca carteles de las paredes. Cuando bebe, se chorrea el mentón y el pecho. Le habla a la televisión. A menudo, es incontinente, aparentemente sin conciencia o sin preocuparle. Camina hacia atrás por los pasillos. En la cafetería, suele irse por unos segundos y luego regresa a un asiento diferente. El suelo de la sala tiene un azulejo dañado, que ahora ha sido cambiado por un azulejo de un color completamente diferente. Se para durante largo tiempo sobre este "círculo mágico" y habla sola. No brinda ninguna explicación sobre su comportamiento inusual. No interactúa con

otros pacientes, el personal o con su familia (Fulford, Thornton & Graham, 2006: 163).

Si bien los pacientes de los tres casos han sido diagnosticados con esquizofrenia, los mismos presentan distintas particularidades y el grado de afectación del pensamiento y el comportamiento es variable.

En el primer caso, cabe destacar que existe expresión lingüística, con una producción del discurso que incluye incluso el uso de metáforas (por ejemplo: cuando designa a su madre como "*la bestia*" o como un animal, o en su carta cuando le dice a su madre "*que la alegría florezca para ti sobre el estrecho sendero de la vida*"). Asimismo, hay actos claramente voluntarios, al menos durante sus intervalos de lucidez (por ejemplo: cuando se corta el cabello para que lo guarde su primo, cuando implora poder besarle la mano al médico, cuando se pone furiosa porque no quiere seguir las reglas del hospital). Además, parece manifestar, al menos en alguna ocasión, la capacidad de revisar sus creencias evitando contradicciones. Por ejemplo, en una ocasión dice que es la emperatriz de Francia y en otro momento dice que el Dr. B. es su marido. Allí Karoline se retracta de su primera afirmación, probablemente porque la misma sea inconsistente con el hecho de que el Dr. B pueda ser su esposo.

Como factores negativos,⁵ se destaca la producción de ideas delirantes, fuga de ideas, confusión en el curso del pensamiento y comportamiento infantil. No obstante, cabe señalar que se reconoce la existencia de un núcleo en el discurso delirante y que no se presentan mayores dificultades para comprender, de modo general, sus relatos (por ejemplo: su carta es comprensible y a pesar de faltarle un verbo en la última oración se encuentra escrita mayormente de modo correcto e incluso con un lenguaje metafórico).

En el segundo caso, empezarían a aparecer las dificultades que hacen pensar a algunos autores, como Reimer, que estos sujetos son

⁵ Los factores o *síntomas negativos* son responsables de una proporción importante de la morbilidad asociada a la esquizofrenia, siendo menos prominentes en otros trastornos psicóticos. Dos de los síntomas negativos son especialmente prominentes en la esquizofrenia: la *expresión emotiva disminuida* (disminución de la expresión de las emociones) y la *abulia* (disminución de las actividades realizadas por iniciativa propia, motivadas por un propósito). Otros síntomas negativos son la *alogia* (reducción del habla), la *anhedonia* (disminución de la capacidad para experimentar placer) y la *asocialidad* (falta de interés por interacciones sociales) (DSM V, APA, 2014: 88).

profundamente irracionales, dada la falta de coherencia en el discurso y la desorganización en el habla. En este caso, si bien MG conversa, en su lenguaje se detectan algunas alteraciones gramaticales, e incluso se observa la producción de algunos neologismos (ej: su expresión piloto “*tricolorinético*”), a lo cual se suma la pérdida constante del hilo del relato. No obstante, si bien a simple vista parece haber una falta general de coherencia en el discurso, puede encontrarse un sentido general subyacente al mismo (probablemente MG esté expresando una sensación de malestar debido a que se encuentra en otro hospital, siendo éste en un lugar donde no parece querer estar, donde siente que lo están manipulando y parece querer huir de allí).

Por último, el tercer caso, HG, exhibe un estado de mayor gravedad, donde hay escasa (o nula) expresión lingüística y un comportamiento no sólo infantil y retraído, sino autístico. Como veremos más adelante, el uso inadecuado del lenguaje por parte de MG, y la casi nula expresión lingüística de HG, producen algunas dificultades específicas para la interpretación.

3. La flagrante irracionalidad

Aunque Davidson nunca ha mencionado explícitamente patologías como la esquizofrenia, las características de aquello que ha denominado “*flagrante irracionalidad*” (2004: 219) parecen tener algún parecido con este tipo de trastorno.

Al respecto, Reimer (2011: 673) ha sugerido que la satisfacción de los criterios para el diagnóstico de esquizofrenia de tipo desorganizado equivale a la irracionalidad global davidsoniana.⁶ La autora señala que, en este tipo de casos, “no hay evidencia clara de conexiones lógicas ni de contenido mental (identificable), contenido del tipo que podría, al menos en principio, ser parte de un patrón coherente que corresponde a la realidad”. Estos casos, a su juicio, se resisten a la explicación davidsoniana mediada por la atribución de contenidos. Sin embargo,

⁶ Como señalamos previamente, los subtipos se han eliminado en el DSM-V por lo que corresponde simplemente referirse al trastorno de “Esquizofrenia”, sumado a una evaluación dimensional de la gravedad del paciente. En este sentido, puede reformularse la afirmación de Reimer como la tesis según la cual los casos graves de esquizofrenia caerían bajo lo que Davidson ha denominado “irracionalidad global”.

ella no considera que esto desafíe la concepción de Davidson, antes bien, piensa que precisamente juega a favor de la misma. Veamos por qué.

Davidson (1992: 36) ha afirmado, respecto a los casos de irracionalidad, que los errores o incoherencias deben ser *locales*, ya que el error masivo socavaría las bases mínimas requeridas para detectar errores e incoherencias locales, al hacer imposible la identificación de los contenidos de las creencias e intenciones del sujeto. Asimismo, ha sostenido que cuando la inteligibilidad está muy disminuida, una acusación de inconsistencia perdería aplicación por la falta de contenidos identificables sobre los cuales ser inconsistente (2004).

De acuerdo al enfoque davidsoniano, si hallásemos un caso donde la incoherencia y falta de correspondencia fueran generalizadas y patentes, cabría esperar que el intérprete ni siquiera pudiera identificar los contenidos mentales del sujeto a interpretar. Lo que parece seguirse de esto es que sería legítimo dudar de si el sujeto posee aún pensamientos, ya que desde una concepción interpretativista como la de Davidson, tener pensamientos equivale precisamente a ser interpretable por otro agente como teniendo pensamientos.⁷ En función de ello, Reimer (2013) esgrime que, ante la ausencia de un patrón lo suficientemente rico de estados mentales intencionales, como sucedería en los casos de esquizofrenia graves, el intérprete ordinario estaría precisamente en la posición predicha por el davidsoniano. Es decir, se encontraría completamente desconcertado y no tendría ni idea acerca de lo que el paciente cree, desea, o intenta, etc.⁸

Entonces, si los casos de esquizofrenia se resisten a una explicación en clave davidsoniana: ¿qué podemos decir de tales pacientes? Reimer

⁷ Davidson al respecto afirma: “si otras personas o criaturas se encuentran en estados que no puedan describirse por estos métodos, no puede ser porque nos fallen nuestros métodos, sino porque esos estados no deberían llamarse estados mentales” (2003: 73).

⁸ Incluso Reimer cuestiona cómo podría ocurrir, tal como aducen los detractores del enfoque davidsoniano (Bortolotti, 2009; Klee, 2004), que un intérprete pueda acusar a un sujeto de irracionalidad davidsoniana, cuando dicho intérprete no podría siquiera identificar algún contenido mental que pudiera ser señalado como siendo inconsistente con otro. Es decir que, para esta autora, los sujetos con esquizofrenia no podrían ser clasificados como irracionales (en el sentido davidsoniano) sino que, antes bien, habría que decir que serían a-rationales.

(2011: 673) sugiere que podríamos decir que tales pacientes “tienen, o podrían tener, contenidos mentales, simplemente no podemos averiguar lo que está pasando dentro de sus cabezas”. Sin embargo, esto contradeciría a la teoría de la interpretación davidsoniana, debido a que, de acuerdo a ésta, tener pensamientos equivale precisamente a ser interpretable por otro agente como teniendo pensamientos.⁹ Frente a esto, nuestra autora considera que, alternativamente podríamos decir –con el davidsoniano–, que es “precisamente porque tales pacientes no son interpretables que ellos no tienen actitudes proposicionales, que son (literalmente) criaturas sin mente” (Reimer, 2011: 673).

En defensa de esta visión davidsoniana, Reimer (2013) considera que, aunque neguemos que los pacientes con esquizofrenia tengan pensamientos, esto no implica negar que aún podamos atribuirles estados mentales en algún sentido no literal, quizás metafórico. Posiblemente, esgrime, un paciente con esquizofrenia “tenga pensamientos en el mismo sentido en que Davidson (1982) consideraba que los animales podrían tener pensamientos” (Reimer, 2011: 673). A su juicio, esa “explicación” analógica de la conducta no necesita ser interpretada como una explicación basada en razones, es decir como una explicación que haga referencia literal al pensamiento hipotetizado. Luego afirma que tales explicaciones son consistentes con la hipótesis de que aquellos cuyas conductas pretendemos explicar son “criaturas carentes de mente (*“mindless”*)” en el sentido de que no poseen pensamientos (proposicionales) (Reimer, 2011: 674).

Resulta al menos llamativa la comparación entre los sujetos con esquizofrenia y los animales no humanos. Una primera pista para pensar el porqué de esta analogía, es que Reimer podría estar percatándose de un parecido entre ambos casos, que tiene que ver con los problemas vinculados al mal uso del lenguaje, en el primer caso y a la falta del mismo, en el segundo.

⁹ Algunas de las consecuencias apreciadas para Davidson de su teoría de la interpretación, por las cuales no estaría dispuesto a abandonar el vínculo constitutivo entre tener mente y ser interpretable, son las siguientes: que el escepticismo sobre la verdad de nuestras creencias es una posición necesariamente errónea, que una concepción cartesiana de la mente (como conjunto de representaciones internas) sería incorrecta y que no cabría la posibilidad de un lenguaje privado (Ludwig, 2003).

Es bien conocido el hecho de que Davidson establece una fuerte dependencia entre pensamiento y lenguaje. Esto lo lleva a considerar que no es posible tener pensamiento en ausencia de lenguaje y, como consecuencia de ello, a rechazar terminantemente la posibilidad de atribuir pensamiento a animales no humanos. Por razones semejantes, este filósofo rechaza también la atribución de pensamiento a niños pequeños (por ser criaturas pre-lingüísticas), llegando a comparar a estas criaturas con misiles, ratones, ¡e incluso bañeras! (Davidson, 1982, 2003). En este marco, cabe interpretar el razonamiento de Reimer del siguiente modo: los sujetos con esquizofrenia tampoco podrían tener pensamientos ya que no serían usuarios *plenos* del lenguaje y, por lo tanto, no sería posible hallar en ellos un patrón conductual lo suficientemente rico y complejo que legitime la atribución intencional.

Al respecto, pienso que la analogía establecida por Reimer puede iluminar algunos problemas compartidos para la interpretación, y en este sentido, algunas consideraciones que se han realizado en torno al problema de las mentes animales podrían iluminar ciertos problemas sobre la interpretación de los sujetos humanos que no manejan plena y sofisticadamente el lenguaje, como ocurre en los casos de esquizofrenia. A pesar de ello, no convengo con la conclusión a la que arriba Reimer (el rechazo *a priori* de la posibilidad de interpretación intencional en ambos casos). Por el contrario, argumentaré que los sujetos con esquizofrenia (incluso en casos de gravedad) pueden ser interpretados intencionalmente, al menos en un sentido mínimo. Para ello, a continuación, comenzaré por examinar la posición de Davidson en torno al pensamiento animal y, en la siguiente sección, presentaré algunas consideraciones establecidas por Glock (2003) con el fin de cuestionar los argumentos davidsonianos esgrimidos para negar la posibilidad de atribuir pensamientos a criaturas sin lenguaje.

4. Sobre la analogía con el pensamiento animal

Davidson ha afirmado que, debido al carácter intrínsecamente holista de las actitudes proposicionales, la distinción entre tenerlas y no tenerlas resulta tajante (2001: 142). En consecuencia, ha sido muy terminante respecto a la imposibilidad de que pueda atribuirse pensamiento a los animales no humanos.

En concreto, Davidson (1982) ha sugerido que podemos decir que los animales "*putativamente racionales*", tales como los perros, podrían

tener pensamiento sólo en un sentido no literal. Es decir, podemos hablar de ellos “*como si*” tuvieran pensamientos. Decimos, por ejemplo, que nuestro perro sabe que el hueso está escondido debajo del sofá porque notamos que está olfateando bajo el sofá. Pero esto no significa, afirma, que el perro tenga una actitud de creencia hacia la proposición “*el hueso está bajo el sofá*”. Esto significa simplemente que se comporta *como si* tuviera esa actitud, y cualquiera sea la causa de su comportamiento *aparentemente* racional, ésta no radica en la posesión de actitudes proposicionales. En línea con esta idea, considera que se debe observar una pauta compleja de comportamientos para que se justifique la atribución de un pensamiento y, a su criterio, solamente hay tal pauta si el agente posee un lenguaje (Davidson, 2003: 148).

Davidson (2001) reconoce que se le ha señalado, en contra de su tesis de la dependencia del pensamiento respecto del lenguaje un hecho evidente: tenemos éxito en explicar, y algunas veces en predecir, el comportamiento de animales sin lenguaje atribuyéndoles creencias, deseos e intenciones. A partir de lo cual se debería concluir –señala irónicamente– que este método debería funcionar igualmente para perros y ranas como para personas (Davidson, 2003: 149). Nuestro autor reconoce que no hay duda de que este éxito brinda algún tipo de “*justificación*” de la atribución de estados intencionales a los animales. Como ha señalado Bennett (1976), con frecuencia no tenemos una mejor manera de explicar el comportamiento de los animales que asignándoles actitudes proposicionales. Sin embargo, Davidson señala que esto provee una justificación *pragmática* para tales atribuciones intencionales, pero no muestra que los animales tengan realmente pensamientos. Al atribuir pensamientos a animales, afirma: “meramente los tratamos *como si* estos fueran capaces de actuar por razones, sólo como uno podría explicar los movimientos de un misil atribuyéndole intenciones” (2001: 102).

Sobre este punto, señala que hay un sentido claro en que sería equivocado concluir que las criaturas sin habla tienen actitudes proposicionales. Para mostrar esto, Davidson compara los movimientos de un misil con el comportamiento de un animal. Al respecto afirma que podría darse el caso de que alguien no tenga una mejor alternativa que la de explicar los movimientos de un misil que sigue el calor mediante la suposición de que éste quería destruir un avión y que creía que podía hacerlo moviéndose de la manera en que lo hacía. Podría ser que este observador no informado, señala, estuviera justificado en atribuir un deseo y una creencia al misil, pero estaría equivocado.

Davidson reconoce que el caso de una criatura sin lenguaje difiere del caso del misil en dos aspectos: muchos animales son mucho más semejantes a los humanos que a los misiles en lo que refiere al abanico de comportamientos que tienen y, frecuentemente, no tenemos una mejor manera de explicar su comportamiento que asignándoles actitudes proposicionales. Pese a ello, insiste en afirmar que podemos continuar explicando el comportamiento de estas criaturas sin lenguaje atribuyéndoles actitudes proposicionales, siempre y cuando reconozcamos que tales criaturas realmente no tienen tales actitudes. Ésta es la línea de pensamiento que propone seguir Reimer, asumiendo una visión que trata a las atribuciones de los pensamientos a animales no humanos, y a las de los sujetos con esquizofrenia, como meras ficciones útiles.

Ahora bien, Glock (2003) ha efectuado una observación que puede ser de interés aquí. Este autor ha señalado que cuando Davidson concede que la conducta de los animales está más cercana a la conducta humana que los movimientos de un misil y que sabemos que no hay mejor manera de explicarla, se vuelve posible presentar en su contra la siguiente objeción:

Consideramos las atribuciones de pensamientos a animales no sólo como convenientes, como él podría decir, sino como *enteramente justificadas*. A diferencia de la atribución de deseos e intenciones a las “sacudidas” de un misil, tales atribuciones no están basadas sobre la *ignorancia tecnológica*, sino en una *intuición biológica*: la vida y la conducta de los animales muestra que quieren ciertas cosas y poseen capacidades perceptuales (2003: 271).

No obstante, aún si Glock está en lo cierto, podría haber algo de verdad en la sugerencia de Davidson de que el patrón de explicación empleado para el comportamiento de las criaturas que no manejan un lenguaje (o no lo hacen plenamente) supera en cierto sentido al *explanandum*, porque éste es apropiado para la explicación de conductas lingüísticas más complejas, aquellas presentes en criaturas como nosotros. Sin embargo, como Glock señala (2003: 272), se necesitan

argumentos convincentes para afirmar que *strictu sensu* las criaturas sin lenguaje, no podrían tener siquiera creencias simples.¹⁰

Ahora bien, así como cabe aducir, siguiendo a Glock, que los argumentos davidsonianos no son convincentes a la hora de establecer por qué los animales no podrían tener siquiera creencias simples, cabe señalar que Reimer tampoco ofrece buenos argumentos para negar que los sujetos que padecen esquizofrenia puedan tener creencias simples; meramente se apoya, a tal fin, en el enfoque davidsoniano. Veamos, a continuación, por qué podría decirse que las consideraciones davidsonianas sobre la imposibilidad de atribuir pensamientos a criaturas sin lenguaje, no resultan concluyentes.

La resistencia de Davidson a atribuir pensamientos a criaturas sin lenguaje, pretende encontrar apoyo en dos argumentos centrales: el argumento del carácter holista de lo mental y el argumento de la naturaleza intencional del pensamiento (Glock, 2003). Estos argumentos han sido ampliamente objetados, recibiendo numerosas críticas (*véase* Carruthers, 2006, 2008; Glock, 2000, 2003; Lurz, 2007, 2009; Schwitzgebel, 1997). En lo que sigue examinaré ambos argumentos, pues resultan relevantes para iluminar algunos de los problemas en torno a la legitimidad de atribuir estados mentales a sujetos con esquizofrenia, ya que se vinculan directamente con el problema de cómo identificar y especificar los contenidos mentales. Según veremos, si bien ambos argumentos evidencian aspectos significativos del vínculo entre pensamiento y lenguaje, están lejos de ser concluyentes.

4.1. El carácter holista de lo mental

El primer argumento alude al carácter holista de lo mental. Davidson considera que sólo cuando podemos ubicar los pensamientos dentro de una densa red de otros estados mentales relacionados con ellos, podemos identificar sus contenidos, hacer distinciones entre ellos y describirlos según lo que son. Pero, si esto es así, la atribución de una simple creencia o pensamiento a un animal comportaría el siguiente problema:

¹⁰ Especialmente –aunque no limitadas a– aquellas creencias que versan sobre características perceptibles del ambiente de la criatura (Glock, 2003: 275). Aunque Glock no profundiza sobre este punto, pienso que asimismo, podría tratarse de “creencias instrumentales”, es decir, de aquellas que tienen un vínculo más mediato con la acción, en el contexto de una relación de medios-fines.

Si realmente queremos adscribir inteligiblemente una creencia a un perro, debemos ser capaces de imaginar cómo decidiríamos si el perro tiene muchas otras creencias del tipo necesario para dar sentido a la primera. Me parece que, empecemos por donde empecemos, muy pronto llegaremos a creencias sobre las cuales no tendremos idea de si decir que el perro las tiene y, sin embargo, son tales que sin ellas nuestra confiada atribución primera parece inestable (Davidson, 2003: 145).

Esto es así ya que cada creencia no solamente requiere de una multitud de otras creencias para darle contenido e identidad, sino que toda actitud proposicional depende para su singularidad de una multitud similar de creencias. La afirmación de que los pensamientos son individuados por sus contenidos y, en consecuencia, por sus conexiones lógicas, resulta plausible e intuitiva. No obstante, uno puede preguntarse si esta tesis ha de aplicarse del mismo modo para todas las clases de pensamientos y sin ningún tipo de matiz o cualificación.

Para responder a esta cuestión, resulta útil examinar diversos principios holísticos que pueden distinguirse analíticamente. Como ha señalado Glock (2003: 282), estos principios resultan ser “o demasiado fuertes para el propio caso de Davidson porque se oponen incluso a casos plausibles de pensamiento humano, o bien demasiado débiles porque incluyen algunas formas de pensamiento animal”, algo que el propio Davidson no quisiera aceptar.

El principio holístico más fuerte que se podría invocar es el que sigue:

$$(A) (aCp \ \& \ (p \Rightarrow q)) \Rightarrow aCq$$

Según este principio, un sujeto *a* cree que *p*, y *p* implica que *q*, por lo tanto, el sujeto *a* que cree que *p*, debería creer también que *q*. Es decir, debería creer *todas* las implicaciones de sus creencias. Al respecto, coincido aquí con la apreciación de Glock acerca del carácter excesivamente restrictivo de este principio. El autor señala que, por ejemplo, puede haber personas que crean en los axiomas de la geometría euclídiana sin creer por ello en todos los teoremas implicados por ésta.

A continuación, Glock señala que Davidson podría afirmar que para atribuir inteligiblemente un pensamiento a un agente *a*, éste no necesita realmente creer que *q*, sino sólo *ser capaz* de creer (o ser capaz

de comprender) que q , es decir, que es posible creer que q , pero no necesario. En este caso, se comprometería con un segundo principio, más débil:

$$(B) (aCp \ \& \ (p \Rightarrow q)) \Rightarrow \diamond aCq$$

Ahora bien, Glock argumenta que incluso este principio puede ser desafiado: ¿por qué no podría haber gente que crea en los axiomas euclidianos sin ser siquiera *capaces de poder creer* tales teoremas? De hecho, muchos humanos tienen el hábito de rechazar al menos algunas de las consecuencias lógicas de sus creencias, incluso cuando éstas les son señaladas.

De cualquier modo, Davidson no necesita suscribir a un principio como (A), ni siquiera a uno que esté modalmente cualificado, como (B), ya que él mismo ha afirmado que no hay una lista fija de cosas que alguien con un concepto determinado deba creer. En palabras de Davidson: “no hay una lista fija de cosas que alguien con el concepto de árbol deba creer” (2003: 98). Como nota Glock, esto también puede significar que: “no hay una lista fija de cosas que el agente a deba ser capaz de apreciar, y por lo tanto a necesita ser capaz sólo de apreciar *algunas* de las cosas implicadas por p ” (2003: 283). Esquemáticamente, esto podría expresarse del siguiente modo:

$$(C) aCp \Rightarrow \exists q((p \Rightarrow q) \ \& \ \diamond aCq)$$

De acuerdo con este principio, si un sujeto humano no es capaz de comprender *ninguno* de los teoremas implicados por los axiomas euclidianos, entonces sus creencias en los axiomas no tienen el mismo contenido que la creencia de un humano que sí sea capaz de creer en al menos *algunos* de aquellos teoremas y, en esta medida, los dos tendrían diferentes creencias (Glock, 2003: 283).¹¹

¹¹ Glock (2003: 283) sugiere otro ejemplo que puede servirnos para ilustrar este punto. Cuando notamos que Mowgli huye de Shere Khan (los personajes de “*El libro de la selva*”, el niño y el tigre, respectivamente), no deberíamos preocuparnos por establecer cuáles son las consecuencias lógicas que Mowgli es capaz de apreciar de su creencia “*un tigre me está persiguiendo*”. Sin embargo, sí deberíamos preocuparnos si Mowgli no fuera capaz de captar *ninguna* de las consecuencias de su creencia. Sobre este punto, Glock reconoce que un oponente de la visión que afirma la dependencia entre pensamiento y lenguaje, podría rechazar el principio (C) y replicar que las relaciones lógicas no son ni la única, ni la más básica, característica por las cuales identificamos una creencia. Después de todo, se podría esgrimir, no tenemos una mejor manera de describir

Glock concluye que lo más razonable, para el defensor del holismo, sería aceptar un principio como (C), aunque manteniendo al mismo tiempo –contra Davidson– que hay animales a los que podemos atribuir algunos estados mentales intencionales en tanto sean capaces de apreciar *algunas* de las consecuencias de las creencias simples. Sobre este último punto, Glock considera que la comprensión de las consecuencias de una determinada creencia puede manifestarse en la conducta no lingüística de una criatura. De hecho, a su criterio, las creencias perceptuales simples son atribuidas (incluso a humanos adultos) principalmente sobre la base de sus respuestas conductuales.¹²

Ahora bien, si aceptamos, siguiendo la argumentación de Glock, que (C) es el principio holista que debe satisfacer una criatura para que podamos atribuirle legítimamente estados mentales intencionales, entonces podemos mostrar que, de modo análogo a lo que ocurre con ciertos animales no humanos, también los sujetos que padecen

a los ilógicos humanos más que reconociendo que son incapaces de comprender las consecuencias de sus creencias. Sin embargo, ésta no parece una buena respuesta, pues la misma presupone que podemos distinguir entre tener una creencia y ser capaz de comprender sus consecuencias (2003: 283), algo que, además, el propio Davidson no aceptaría, así como tampoco podría aceptar que las relaciones lógicas no son la característica por las que individuamos los contenidos.

¹² Al respecto Glock (2003) señala que, en numerosas ocasiones, nuestras atribuciones están basadas en las manifestaciones de los agentes de ciertas capacidades perceptuales e incluso actitudes emocionales. En los casos no lingüísticos, estas manifestaciones obviamente no incluyen oraciones, pero implican formas de conducta, posturas y expresiones faciales que algunos animales (por ejemplo: los chimpancés) pueden compartir con los seres humanos. Cuando decimos, por ejemplo, que un perro cree que su amo entró a la casa, no lo hacemos pensando en que escoge objetos y clasifica de una manera que se corresponda a los términos singulares y generales que utilizamos en la atribución. Más bien, simplemente notamos la *reacción* particular del perro al ambiente, reacciones que están dirigidas hacia objetos particulares, criaturas y eventos, porque sabemos que los perros tienen ciertas capacidades perceptuales, les agradan ciertas cosas y manifiestan aversión por otras. Menos contenciosamente, si algunas criaturas no lingüísticas son capaces en principio de razonar, entonces, a su criterio, tales criaturas son capaces de apreciar ciertas consecuencias de las cosas que han aprendido sobre su ambiente, aprendizaje en un sentido relevante, excluyendo así respuestas meramente automáticas y/o programadas biológicamente.

de esquizofrenia, incluso en casos graves, podrían cumplir con este requerimiento.

Así, por ejemplo, podemos considerar, que cuando la paciente Karoline expresa su creencia de que “es una hija ilegítima”, y luego afirma que “su padre aún vive” y que “E. no es su padre” parece estar comprendiendo algunas consecuencias de su primera creencia, por ejemplo, que ser una hija “ilegítima” implica que tiene otro padre que no la ha reconocido, con lo cual podría satisfacer lo estipulado por (C). En este caso, no tendríamos mayores dudas respecto a este tipo de atribuciones, dado que contamos con la evidencia lingüística relevante: por un lado, las aserciones de Karoline, que indican que comprende al menos algunas de las consecuencias de sus creencias, y, por otro lado, el hecho de que la paciente cuenta aún con su capacidad lingüística relativamente intacta, con lo cual podemos realizarle preguntas respecto a sus creencias.

Sin embargo, ¿qué podemos decir respecto a los otros casos? Por un lado, tenemos la paciente HG, quien manifiesta escasa expresión lingüística. HG se para sobre el “círculo mágico” y habla sola, refiriéndose a un azulejo que estaba dañado en la sala y que fue cambiado por un azulejo de un color completamente diferente. En este caso, podemos pensar que HG ve aquel azulejo de un modo particular, y entonces, podríamos al menos atribuirle la creencia de que existe el azulejo, ya que en principio, parece posible hallar evidencia empírica a favor de esta hipótesis.¹³ Respecto al caso MG, podríamos considerar, nuevamente aquí de modo hipotético, que MG al creer que es un piloto, también cree que puede manejar aviones o que al creer que tiene un “bloqueo verbal-

¹³ Por ejemplo, se podrían formular ciertas hipótesis y diseñar situaciones de observación controlada que permitiesen chequear bajo qué aspecto ve al azulejo. Si la paciente no pudiera responder preguntas verbales relevantes (algo que convendría descartar como primera medida), entonces se podría, por ejemplo, quitar el azulejo extraño, sobre el cual se paraba MG, poner allí otro igual al resto de los azulejos, y colocar el azulejo extraño en otro lugar de la sala. Esto nos ayudaría a determinar en primer lugar, si MG responde al azulejo o más bien al sitio particular de la sala. Si MG se comenzara a parar en el nuevo sitio donde se colocó el azulejo extraño, entonces tendríamos evidencia para pensar que MG está respondiendo a dicho azulejo y no al lugar. Volveré sobre este punto en el apartado 5, refiriéndome a la búsqueda de evidencia adicional que pueda legitimar –o no– algunas atribuciones intencionales.

auditivo" en sus orejas también cree que tiene orejas, que las mismas son una parte del cuerpo que sirve para escuchar, etc.

Por supuesto que las atribuciones de estados intencionales en casos como los de MG y HG, resultan más dudosos que casos como el de Karoline, no obstante, independientemente de la plausibilidad de los ejemplos aquí hipotetizados, lo que pretendo señalar con mi argumento son dos cuestiones puntuales. Por una parte, que es probable que en cualquiera de los casos de esquizofrenia, incluso los más graves, pudiésemos encontrar *como mínimo* algunos momentos en los que los sujetos efectúen acciones que resulten mínimamente coherentes, las cuales podamos explicar a la luz de sus creencias y deseos, es decir que podamos explicar bajo un esquema de razonamiento práctico al estilo *a* desea que *p* y cree que *q*, por lo tanto *a* realizará *x* acción para satisfacer su deseos de que *p* a la luz de sus creencias. Por ejemplo, cuando los sujetos manifiestan deseos de comer y luego realizan las acciones necesarias para ello (por ejemplo: sentarse, cortar la comida, ingerirla, etc.), o cuando manifiestan la necesidad de ir al baño y se dirigen hacia el mismo o piden que se los ayude; sólo por nombrar algunos casos de patrones de acciones humanas cotidianas y básicas que posiblemente los sujetos realicen y respecto de los cuales les podamos atribuir estados intencionales (deseos, percepciones y/o creencias básicas) como causantes de las mismas. Por lo tanto, la atribución de pequeñas redes de pensamientos es una opción abierta que no deberíamos descartar de antemano. Por otra parte, lo que procuro enfatizar es que, eventualmente, cuando la evidencia resulte escasa (como en el caso de MG) se podría testear la legitimidad de determinadas atribuciones apelando a evidencia empírica relevante sobre los patrones conductuales de los sujetos (me detendré sobre este punto en el apartado 5).

Si esta línea de razonamiento es correcta, y aceptamos que existe un principio holístico plausible, el principio (C), podemos decir, junto a Glock, que existen redes de pensamientos más amplias y redes más pequeñas. Qué tipo de red se requiera en cada caso es algo que dependerá de la creencia y de la criatura en cuestión. Tales redes podrían presentar una coherencia limitada (menos plena que las redes de sujetos humanos adultos normales) en consonancia con su extensión y complejidad. Con lo cual, no sólo es preciso matizar algunas de las afirmaciones davidsonianas respecto al holismo de lo mental, sino, además, aquellas vinculadas a las constricciones de racionalidad. Pienso que algunos de estos matices, que he intentado añadir a dichos

principios, se encuentran ya presentes de modo incipiente en la obra del propio Davidson, cuando propone la tesis de la compartimentación de lo mental al tratar con algunos fenómenos de la irracionalidad.¹⁴

Así, en concordancia con el principio (C) podemos pretender del sujeto al que atribuimos estados intencionales que efectúe sólo *algunas* de las acciones que son apropiadas dado el conjunto de creencias y deseos que se supone posee. Asimismo, requeriremos sólo una capacidad deductiva mínima, es decir, que el sujeto sea capaz de realizar sólo *algunas* de las inferencias correctas que se siguen de sus creencias. De este modo, las atribuciones de creencias simples, exigirían un mínimo de racionalidad al agente, en contraposición a una racionalidad óptima o perfecta.¹⁵

De este modo, es plausible pensar que los sujetos que padecen de esquizofrenia (especialmente en casos de gravedad) presentan redes más pequeñas de estados mentales vinculados inferencialmente entre sí y que pueden poseer, en consecuencia, pensamientos menos sofisticados que los de aquellos humanos adultos lingüísticamente competentes que poseen redes sumamente complejas y sofisticadas (y que no han sido diagnosticados con algún trastorno de este tipo). En consecuencia, del hecho de que los animales no humanos y algunas criaturas (pre-lingüísticas, o no plenamente lingüísticas) carezcan de redes tan ricas

¹⁴ Con el fin de poder explicar algunas de las formas típicas de irracionalidad (por ejemplo: inconsistencias) Davidson (1981) ha defendido la tesis de la compartimentación de lo mental, es decir la idea de que puede haber sub-divisiones de la mente, con algún grado de independencia entre sí.

¹⁵ En esta misma dirección, algunos autores han propuesto una idea de racionalidad mínima o limitada en defensa de un enfoque más ajustado a las actuales investigaciones en psicología cognitiva que muestran que poseemos capacidades cognitivas acotadas y que usualmente cometemos algunos fallos en el razonamiento. Un ejemplo de esta estrategia es la concepción de *racionalidad mínima* propuesta por Cherniak (1986), la cual supone una capacidad mínima –lejos de ser “perfecta”– para elegir las acciones apropiadas. Asimismo, algunos autores que se adhieren a una concepción deflacionada de racionalidad, proponen considerar a la racionalidad como situada o contextual. Éstos parten del supuesto de que el contexto es decisivo a la hora de producir y evaluar la racionalidad puesto que, según esgrimen, existirían determinados contextos que permitirían subir o disminuir los umbrales de racionalidad exigibles al sujeto (Darias Martín, *et. al.*, 1997).

y complejas como las nuestras, no se sigue que no tengan creencias de ningún tipo.

Aunque aquí he intentado defender, en consonancia con Glock (2003), un holismo “modesto”, estas reflexiones tienden a confirmar antes que a negar la conexión entre pensamiento y lenguaje. Como el mismo Davidson ha sugerido, menos contenciosamente, “probablemente no puede haber mucho pensamiento sin lenguaje” (2003: 101). De acuerdo a esto, podemos decir en simples términos que cuando se gana en lenguaje se gana en pensamiento, tal como se evidencia con los niños pequeños, y de modo inverso, como en el caso de los sujetos con algunos trastornos psiquiátricos, cuando se pierde lenguaje, se pierde también algo de pensamiento.

4.2. La naturaleza intensional del pensamiento

Hasta aquí, he pretendido señalar que hay razones para defender que podemos atribuir legítimamente siquiera una red acotada de creencias simples, a sujetos diagnosticados con esquizofrenia en casos con distintos tipos de gravedad. Sin embargo, resta aún abordar el problema de la especificación de los contenidos de dichas creencias.

El segundo argumento davidsoniano descansa en la idea de que las atribuciones de pensamientos a sujetos humanos normales crean *contextos intensionales*: si sustituimos una expresión co-referencial por otra dentro de la cláusula-de-contenido, esto puede hacer pasar de una atribución verdadera a una falsa. Por ejemplo, puede suceder que Gabriel crea que el Papa Francisco es argentino y, sin embargo, no crea que Jorge Bergoglio sea argentino, aun cuando estos nombres designen a la misma persona. En casos como éste, podemos distinguir entre distintas expresiones co-referenciales que podrían hacernos pasar de una atribución verdadera a una falsa.

En relación al argumento de la intensionalidad, Davidson (1985) ha expresado la preocupación de que nuestras atribuciones de pensamientos a animales no humanos puedan resultar seriamente indeterminadas debido a la pobreza de los patrones conductuales de estas criaturas sin lenguaje. Al respecto, Davidson (2001) señala que sin respuestas verbales no se pueden hacer las finas distinciones entre diferentes pensamientos que podrían estar siendo expresados por la misma conducta no verbal. Sucede que, en estos casos, no contamos con el asentimiento (o disentimiento) de las criaturas a las posibles

descripciones que podamos elaborar. Con lo cual, frente a la pobreza de su comportamiento no verbal, no podremos especificar qué contenido mental cabe atribuirles.

En lo que sigue, pretenderé mostrar que, a diferencia de los casos de atribuciones de estados mentales a animales no humanos, en los casos de sujetos humanos que padecen de esquizofrenia, podríamos alcanzar al menos una comprensión a *grosso modo* de sus contenidos mentales.

Antes de proseguir, cabe señalar que, a diferencia del caso de los animales sin lenguaje, en los casos de humanos que padecen esquizofrenia (incluso por ejemplo en casos como el de HG, donde hay escasa expresión lingüística) es plausible pensar que los pacientes podrían asentir o disentir ante las descripciones que como intérpretes pudiéramos hacer, pues no hay una pérdida total del lenguaje, tal como señalan los manuales clínicos (DSM IV-APA, 2000). Por lo tanto, queda abierta la posibilidad de obtener por esta vía información sobre sus pensamientos, ya que son sujetos humanos que alguna vez poseyeron lenguaje (en un sentido pleno) y que aún cuentan, al menos, con algunas competencias lingüísticas. En contraste, para el caso de los animales no humanos, esto no sería posible de ningún modo y la sustitución de expresiones co-referenciales podría llevarnos, como señala Davidson, de atribuciones verdaderas a atribuciones *absurdas o ininteligibles*.¹⁶

Ahora bien, partamos de la base de considerar que los contenidos de los estados mentales tienen: (i) un referente, el cual puede ser algo

¹⁶ Una estrategia alternativa, que no desarrollaremos aquí, podría consistir en seguir la propuesta dennettiana. Dennett (2000) rechaza el argumento de la intensionalidad utilizado por Davidson para deslegitimar las atribuciones a criaturas no lingüísticas. A su parecer, el empleo de conceptos mentales para la interpretación de la conducta (en particular la conducta animal) no sólo es posible sino sumamente fructífero, pues puede servir no sólo explicativamente, sino además predictivamente. La estrategia de Dennett puede comprenderse a la luz de su posición instrumentalista. En relación a los sistemas intencionales, el autor señala que “no es preciso aceptar que estos sistemas tienen *realmente* creencias y deseos, sino que uno puede explicar y predecir su conducta *atribuyendo* creencias y deseos a éstos” (1971: 91). Desde esta posición, la decisión de adoptar la postura intencional para explicar y predecir la conducta de un agente particular, es una decisión pragmática, y no es intrínsecamente correcta o incorrecta (1971: 91). Sin embargo, cabe destacar que, a diferencia de Davidson, Dennett adopta este tipo de instrumentalismo respecto de *todas* las atribuciones, inclusive las atribuciones a sujetos humanos adultos lingüísticamente competentes.

actual o meramente posible y (ii) una forma aspectual, pues representan al mundo como siendo de determinada manera (Bermudez, 2003; Crane, 2009; Prinz, 2002; Searle, 1996). Analicemos entonces, si en los casos de sujetos diagnosticados con esquizofrenia, es posible captar el referente y la aspectualidad de sus estados mentales.

Respecto a nuestro primer caso, Karoline, podemos decir que esto es posible sin mayores inconvenientes, ya que la paciente mantiene un uso relativamente adecuado del lenguaje. Por ejemplo, cuando afirma: que la madre era un animal y la designa como una "bestia", al menos resulta posible atribuirle (i) que cree que existe su madre y (ii) que ve a ese referente no sólo como su madre sino también, siquiera metafóricamente, como un animal, en particular como una bestia, designando esto (por sus otras acusaciones) un aspecto negativo bajo el cual ve a su madre. Luego, por ejemplo, cuando en su carta Karoline se refiere a su madre con la expresión "*mi querida buena mamá*" y le dedica algunas palabras, podemos atribuirle (i) que cree que existe su madre, y (ii) que ve a su madre como una buena madre, una madre por la cual siente afecto, etc. Estos breves ejemplos, pretenden poner de relieve que podemos atribuir a Karoline ciertas creencias y, más aún, que podemos identificar no sólo los referentes, sino también la aspectualidad de los contenidos de tales estados mentales.

Casos como el de la paciente HG, resultan más problemáticos que el anterior. A diferencia de Karoline, al menos por lo registrado en los reportes, HG manifiesta escasas emisiones lingüísticas y, en consecuencia, sólo podemos tomar en consideración aquí el registro de sus conductas.

Fulford, Thornton & Graham (2006) señalan que HG agarra objetos comunes y se ríe histéricamente. Podemos pensar que cuando HG agarra alguno de esos objetos piensa algo sobre los mismos y esto le causa gracia. Al menos parece posible atribuirle entonces (i) que cree que existe tal objeto (el referente de los hipotéticos pensamientos) y (ii) que lo ve como gracioso. Luego relatan que HG arranca carteles de las paredes. Aquí podemos pensar igualmente que cuando la paciente arranca estos carteles piensa algo sobre los mismos y que les da algún valor negativo. Podríamos presumiblemente atribuirle entonces: (i) que cree que existen estos carteles en las paredes (aunque eventualmente no los vea como *carteles en las paredes*) y (ii) que ve a estos carteles bajo un aspecto negativo y que por ello decide arrancarlos. Asimismo, el registro describe que HG se para durante largo tiempo sobre el "círculo mágico"

y habla sola, refiriéndose a un azulejo que estaba dañado en la sala y que fue cambiado por un azulejo de un color completamente diferente. Es posible pensar que HG ve a aquel azulejo de un cierto modo particular. Podríamos atribuirle así: (i) que cree que existe el azulejo (aunque quizás no lo vea como azulejo), (ii) que cree que el mismo es especial, o distinto del resto, quizás que posee alguna propiedad mágica como señala el registro y que, por ello, se queda largo tiempo parada allí observándolo.

En estos ejemplos, podemos identificar entonces objetos que la paciente ha registrado y hacia los cuales parecen referirse no sólo sus acciones sino los estados mentales que causan tales acciones: (i) los objetos que agarra, (ii) los carteles de las paredes y (iii) el azulejo. Hasta aquí habríamos avanzado, entonces, al menos en saber algo acerca del contenido de sus creencias: sabemos cuál es, en cada caso, su referente. En cuanto a la aspectualidad, en los ejemplos presentados es posible captar al menos mínimamente el aspecto bajo el cual la paciente ve a tales referentes y en este sentido, habría algunos tipos de contenidos con ciertos aspectos que resultarían más sensatos de atribuir que otros. Aunque no estemos seguros exactamente de qué contenido atribuir en cada caso, al menos algunas atribuciones como las brindadas podrían aproximarse mejor que otras a explicar lo que la paciente hace. Por ejemplo, parece más adecuado (aunque no estemos seguros de que sea exactamente adecuado) decir que cuando la paciente se ríe al agarrar ciertos objetos los ve “como graciosos” que decir que los ve como “amenazantes” o “entristecedores”. Al respecto es posible conjeturar algunas alternativas: que HG ve a los objetos que agarra como graciosos, a los carteles que arranca de las paredes con una valoración negativa (quizás, feos, sucios, molestos) y al azulejo que observa como algo con una valoración positiva (es llamativo, quizás mágico como relata el registro del caso).

Hasta aquí he intentado mostrar que podemos establecer los referentes de los contenidos mentales de estos pacientes (al menos aquellos presentes en el entorno) y que no estamos enteramente a ciegas con respecto a la aspectualidad de dichos contenidos, antes bien, podemos tener al menos un conocimiento a *grosso modo* de los mismos.¹⁷ No obstante, debemos reconocer que la evidencia proporcionada por el

¹⁷ No obstante, puede quedar un conjunto de contenidos atribuibles de mayor precisión, todos compatibles con, y sub-determinados por, la evidencia, (por ejemplo, si MG ve al azulejo como mágico, lindo, agradable, etc.).

registro del caso de HG es escasa y que carecemos de reportes de emisiones lingüísticas, con lo cual nuestra precisión respecto a la especificación de contenidos es claramente menor que en casos como el de Karoline. Lo mismo sucedería con el caso MG, quien, además, presenta un lenguaje desorganizado con producción de neologismos. Frente a ello, en lo que sigue propondré dos tipos de estrategias metodológicas que, como intérpretes, podemos emplear activamente en estos casos con el fin de crear escenarios que nos permitan obtener nueva evidencia relevante para legitimar la atribución de contenidos mentales.

5. Estrategias para la búsqueda de evidencia

5.1 El método “Sherlock Holmes”

En el contexto del debate en torno a la aplicación de la estrategia intencional a los animales, Dennett (1971) ha propuesto un método, científicamente admisible, para generar evidencia anecdótica. Al respecto ha señalado que cuando dudamos de la legitimidad de atribuir ciertas actitudes intencionales para explicar la conducta de animales no humanos, resulta útil emplear una estrategia que ha denominado “*método Sherlock Holmes*”. Ésta consiste en utilizar la estrategia intencional, a modo de hipótesis, y generar circunstancias controladas que permitan testear dichas hipótesis. El investigador puede diseñar experimentos que le permitan generar –o intervenir en– circunstancias controladas, planteando estratagemas que busquen provocar las conductas relevantes que le permitan comprobar (o no) determinadas hipótesis intencionalistas sobre las posibles creencias de una criatura particular.¹⁸ Así, la actitud intencional puede ser empleada, en palabras de Dennett (1971: 223): “como un motor para diseñar o generar circunstancias anecdóticas –artimañas, trampas y otras pruebas de tornasol intencionalistas– y predecir sus resultados”.

A mi parecer, una estrategia similar podría resultar de utilidad para el caso de alguien interesado en el pensamiento de los sujetos con ciertos trastornos, como la esquizofrenia. Por ejemplo, un grupo de psiquiatras y/o psicólogos que intenten comprender a pacientes como MG, podrían –frente a las dificultades previamente mencionadas– generar escenarios

¹⁸ Naturalmente, una vez que el método es aplicado, puede producir resultados que falseen las hipótesis intencionalistas.

pertinentes que les permitiesen avanzar en la interpretación para discernir cuál es el contenido de sus estados mentales.

En el caso MG, según señalamos, la paciente, que se ríe al agarrar ciertos objetos, contaría, presuntamente, con algún tipo de creencias perceptuales acerca de los mismos. Cabe pensar, como mínimo, que cuando MG agarra alguno de esos objetos cree en la existencia de tales objetos y los ve como graciosos. Sin embargo, la evidencia disponible resulta insuficiente para determinar específicamente qué le causa gracia a MG. Ante esta dificultad, se podrían formular ciertas hipótesis y diseñar situaciones de observación controlada que permitiesen dar respuesta a este interrogante. Si la paciente no pudiera responder preguntas verbales relevantes (algo que convendría descartar como primera medida), entonces se podría proceder a formular otras hipótesis.

Supongamos, por ejemplo, que los objetos hiciesen ruido (por ejemplo: si fueran como unas maracas). Luego, se podría conjeturar que la sonoridad es lo que causa gracia a MG. A partir de allí, el investigador podría quitar los elementos que dan sonoridad (por ejemplo: las pelotitas plásticas internas) y testear si los objetos siguen produciendo risa a MG. Si MG dejara de reírse estaríamos en condiciones de apoyar la atribución de que a MG lo que le causa gracia es el ruido percusivo que producen los objetos. Por el contrario, si MG siguiera riéndose, se deberían implementar otras estrategias. Por ejemplo, el investigador podría intentar averiguar si son los colores de los objetos lo que le causan gracia, (pintándolos, por ejemplo, de negro), o si es su forma (alterando la misma), etc.

Este es sólo un ejemplo, frente a muchos otros que podrían formularse para seguir avanzando en la interpretación, ir descartando algunas atribuciones por incorrectas e ir aumentando la evidencia empírica para confirmar otras. Lo que pretendo señalar, en síntesis, es que en aquellos casos en los que la evidencia parezca insuficiente para justificar determinadas atribuciones intencionales, no necesariamente deberemos por ello descartar de plano la actitud intencional; antes bien, podemos emplear el mismo enfoque intencional para formular y testear determinadas hipótesis sobre atribuciones de estados mentales, diseñando estrategias que permitan recolectar evidencia relevante que nos ayude a justificar (o descartar), determinadas atribuciones.

5.2 La interpretación radical

Por otra, parte, en aquellos casos en los cuales el lenguaje se encuentre desorganizado, tales como el caso MG, considero que podríamos adoptar una estrategia inspirada en los señalamientos de Davidson en torno a la teoría de la interpretación radical.

Según señalamos previamente, el paciente MG, presenta fallos en el uso del lenguaje: falta de coherencia general en su discurso y pérdida del hilo lógico de la conversación, algunas alteraciones gramaticales (ej: errores sintácticos en las oraciones) y producción de neologismos. Frente a este tipo de casos, pienso que podríamos considerar la situación de un intérprete que quisiera comprender el discurso de MG, como estando en una situación análoga (al menos parcialmente) a la del intérprete radical. Es decir, en una situación tal que, como señala Davidson (1973), sin ayuda de un traductor, se trata de asignar contenidos proposicionales a las oraciones de un hablante que posee un lenguaje foráneo respecto de cual somos completamente ignorantes.

Recordemos que en esta situación, el intérprete sólo cuenta con la observación de la conducta del hablante y de su entorno. El intérprete radical tiene que identificar en el hablante “la actitud de tener por verdadera una emisión”, por ejemplo, asintiendo con un movimiento de cabeza. Luego, deberá determinar cuáles son las condiciones de verdad que ha de satisfacer la proferencia para ser verdadera (las condiciones del mundo externo que han de cumplirse para que la emisión sea verdadera). Acto seguido, el intérprete deberá evaluar si las condiciones de verdad postuladas son las correctas, observando la conducta del hablante (si asiente o disiente frente a las mismas). Si este es el caso, entonces los primeros pasos del proceso interpretativo devienen exitosos y el intérprete podrá atribuir al hablante una creencia determinada sobre el mundo.

En algunos casos, con el fin de determinar el significado de ciertas oraciones expresadas por pacientes como MG, un intérprete no tiene otra alternativa que aplicar una estrategia similar a la de la interpretación radical. No obstante, es preciso reconocer, que esta estrategia tendría

sus limitaciones, ya que funcionaría siempre y cuando el sujeto esté refiriendo a algo perceptualmente observable.¹⁹

Supongamos que el intérprete desea averiguar qué significa la oración *“estoy seguro de que podemos ir de un planeta a otro mediante el niño hipnotizante de Papá Noel”*. En primer lugar, debemos decir que, en consonancia con el principio de caridad, el intérprete asumiría *por default* que lo que el sujeto dice tiene sentido y que pretende comunicarnos algo que cree (es decir, algo que él tiene por verdadero).

En la oración mencionada la parte problemática es *“el niño hipnotizante de Papá Noel”*. Imaginemos entonces una situación en la que el intérprete quiere averiguar qué significan las preferencias que MG expresa mediante las vocalizaciones *“el niño hipnotizante de Papá Noel”*. El intérprete, debería expresar las condiciones de verdad de *“el niño hipnotizante de Papá Noel”* en su idioma (aquí en español). Por ejemplo: *“el niño hipnotizante de Papá Noel”* es verdadero si y sólo si está presente el reno de nariz roja de Papá Noel (conocido como *“el reno Rodolfo”*, el último pero más conocido de los nueve renos de este personaje).

Para que este intérprete tenga seguridad respecto de haber interpretado correctamente la preferencia *“el niño hipnotizante de Papá Noel”*, debería identificar la conducta de asentimiento por parte de MG al objeto que aparentemente causa en él la preferencia en cuestión, en este caso el reno Rodolfo. Para ello, el intérprete debería proferir *“el niño hipnotizante de Papá Noel”* en las circunstancias adecuadas, es decir cuando aparezca el reno Rodolfo, por ejemplo, en la televisión, o en un libro de cuentos y debería esperar que MG le proporcione algún signo de asentimiento (por ejemplo, moviendo la cabeza). Así, en el caso de que MG asienta a *“el niño hipnotizante de Papá Noel”* cuando vea el reno Rodolfo, el intérprete podrá determinar las condiciones de verdad de tal preferencia e identificar el significado de la misma.²⁰ De

¹⁹ Esta es la vía que aplicaríamos en los casos más básicos, en los cuales se hagan hipótesis sobre las condiciones de verdad a partir de un referente observable. Pueden además existir otros casos en los cuales el estado mental en cuestión no refiera a algo observable en el entorno y entonces debamos identificar el referente mediante otras vías, por ejemplo, si fuera posible, trazando vínculos inferenciales entre otros estados mentales.

²⁰ En nuestro caso, también podríamos pensar que puede preguntársele al sujeto en cuestión (MG) si refiere a ese objeto, dado que el sujeto no ha perdido

este modo, el intérprete podría identificar el contenido de la creencia de MG. Específicamente en este ejemplo, utilizando la estrategia de interpretación sugerida, el intérprete podría captar: (i) cuál es el referente del contenido de esa creencia, en este caso el Reno Rodolfo, y (ii) una descripción aspectual de este referente –en este caso que lo ve como hipnotizante, y como un niño (quizás porque es pequeño).

Esto resulta concordante con nuestras prácticas de atribución cotidianas, en las cuales solemos asumir *por default* la red de pensamientos de los sujetos en cuestión, en contra de la cual atribuimos sus creencias (y otros estados mentales) particulares, siempre que carecemos de razones para retirar la presuposición de que existe tal red. Este último sería el caso, por ejemplo, si el sujeto comienza simultáneamente a expresar oraciones contradictorias sobre un mismo referente, o muestra explícitamente conductas discordantes (por ejemplo: grita “esto no es un reno” ante el reno; o cuando mira la televisión, señala al Reno Rodolfo y dice: “este es un reno”, en una ocasión, mientras que otro día ante el mismo reno anuncia “esto es un oso”, etc.) Si esto ocurriese de modo plenamente generalizado, entonces ya no sabríamos qué red de pensamientos atribuirle. Pero, si este no es el caso, entonces no tenemos razones para retirar la idea de que hay una red, aunque sea simple, de creencias con contenidos que sólo podemos especificar de modo vago, pero que tienen algunos puntos en común con los nuestros (la referencia y la captación *grosso modo* del contenido).

6. Consideraciones finales: el problema de la *des*-aparición del pensamiento

Me he ocupado aquí del debate en torno a la posibilidad de extender el enfoque davidsoniano de la interpretación a casos de sujetos diagnosticados con esquizofrenia, trastorno que fue pensado por algunos críticos como particularmente desafiante para dicho enfoque. A partir de la presentación de tres casos, señalé algunas dificultades a las que podría enfrentarse la interpretación intencional de estos sujetos, pero argumenté que una respuesta como la de Reimer, quien sostiene que quienes sufren de tal trastorno son criaturas “sin mente”, es excesivamente pesimista.

todas sus capacidades lingüísticas. Por supuesto esta sería una estrategia más sencilla y económica.

En una dirección opuesta a su conclusión, intenté mostrar que tenemos buenas razones para no negar *a priori* la posibilidad de atribuir legítimamente al menos algunos estados intencionales a estos sujetos, dado que podrían conservar pequeñas redes de estados mentales, manteniendo mínimamente los requisitos estipulados por Davidson. Asimismo, he propuesto dos estrategias metodológicas que podrían resultar útiles para recolectar evidencia que legitime nuestras hipótesis intencionalistas.

A pesar de lo planteado, es preciso reconocer que, en algunos casos de mayor gravedad, la atribución podría paralizarse, según señalamos, si el sujeto comienza a asentir de modo generalizado a aserciones u oraciones inconsistentes y su acción resulta demasiado pobre y tosca. Sin embargo, el espíritu aquí fue enfatizar que no deberíamos descartar *a priori* la posibilidad de atribuir pensamientos a estos sujetos, sin antes haber analizado y/o generado las preguntas y respuestas empíricas pertinentes.

Un punto adicional que querría sugerir, aunque no puedo desarrollarlo *in extenso* aquí, es que la propuesta teórica y metodológica presentada podría ser extendida fructíferamente a otros casos de “*desaparición*” del pensamiento, tanto a diversos trastornos psiquiátricos (en particular a trastornos delirantes en general, así como a otros trastornos del espectro de la esquizofrenia y trastornos de personalidad) como así también a trastornos neurológicos que impliquen algún tipo de demencia degenerativa, es decir, una pérdida progresiva de las funciones cognitivas irreversible. Por ejemplo, el mal de Alzheimer, las demencias vasculares (producto de accidentes cerebrovasculares), la demencia de los cuerpos de Lewy y otras afecciones que pueden llevar con el avance de la enfermedad a la demencia (por ejemplo: enfermedad de Huntington, esclerosis múltiple, mal de Parkinson, etc). Así mismo, podría extenderse a ciertos casos de *senilidad*, es decir, a casos patológicos de debilitamiento físico y mental que padecen algunas personas ancianas pero que sobrepasa el grado de pérdida de facultades propio de la vejez. Por último, eventualmente, podría explorarse también su utilidad para analizar casos de amnesias, afasias o estados de confusión de la consciencia.

Todos estos casos presentan en común un distanciamiento respecto a los estándares de racionalidad que satisfacen los sujetos adultos humanos “normales” (sin trastornos), en particular respecto a cierto alejamiento de la realidad que presentan como producto de la pérdida de diversas

funciones cognitivas y que se manifiestan en los comportamientos confusos y desorganizados de los pacientes. En este sentido, considero que la estrategia metodológica propuesta aquí podría servir para el ámbito de la clínica aportando bases para generar evidencia que permita atribuir algunas creencias simples a los pacientes con estos diversos tipos de trastornos a partir de la identificación y especificación de sus contenidos mentales, permitiendo además complejizar la evaluación de su grado de deterioro cognitivo.²¹

Finalmente, quisiera realizar algunas consideraciones en torno a ciertos problemas que este debate pone en evidencia. Así como la teoría de Davidson enfrenta serios desafíos para explicar la aparición del pensamiento, pienso que este problema se traslada a los casos de *desaparición* del pensamiento, tales como los casos graves de esquizofrenia y otros trastornos en los cuales se pierden progresivamente las capacidades lingüísticas y, en consecuencia, –según señalamos– los pensamientos.

En “La aparición del pensamiento” (1997) el mismo Davidson ha reconocido esta dificultad, asumiendo la existencia de una brecha entre el tener pensamientos y el carecer de ellos. A su juicio, no podría haber una secuencia gradual en la aparición de las características de lo mental, al menos si estas características se han de describir empleando el vocabulario mentalista usual puesto que, a su criterio, carecemos de un vocabulario satisfactorio para describir los estados intermedios²² y no resultaría claro qué tipo de lenguaje podría utilizarse para describir “mentes a medio formar” (Davidson, 2003: 182).

Con la finalidad de decir algo acerca de lo que ocurriría en los estadios intermedios, Davidson plantea como una condición necesaria pero no suficiente para que la emergencia del pensamiento tenga lugar, una relación de triangulación. Ésta sería una situación básica, pre-lingüística y pre-cognitiva (la cual puede existir con independencia del pensamiento y por ello puede precederlo). Dicha situación es una que

²¹ Agradezco a los/las revisores/as anónimos/as por haberme señalado este punto.

²² En sus palabras: “tenemos muchos vocabularios para describir la naturaleza cuando la consideramos no mental, y tenemos un vocabulario mentalista para describir el pensamiento y la acción intencional, de lo que carecemos es de una manera de describir lo que ocurre entre esas dos cosas” (Davidson, 2003: 182).

involucra dos o más criaturas simultáneamente en interacción unas con otras y con el entorno que comparten, en donde cada criatura aprende a correlacionar las reacciones de la otra con los cambios u objetos del entorno a los cuales ambas reaccionan (Davidson, 2003: 186).

No obstante, la brecha continúa presente, pues en esta triangulación los vínculos son meramente causales y no hay nada del ámbito de lo mental entre dicha situación y una interpretación genuina descrita en términos mentales. Con lo cual, la transición desde las criaturas que no hablan ni piensan hacia los sujetos dotados de lenguaje y pensamiento, continúa siendo un misterio. Y, peor aún, del lado de aquellos que no tendrían pensamiento, quedan incluidas un gran abanico de entidades: criaturas vivas como animales de diverso tipo (Davidson nombra por ejemplo en sus escritos: chimpancés, perros, gatos, ranas, ratas, mariposas), vegetales (por ejemplo: olivos), aparatos (por ejemplo: termostatos, misiles, ordenadores, bañeras) e infantes pre-lingüísticos. Pienso que aquí también él añadiría—según lo indican sus consideraciones en torno a la dependencia entre pensamiento y lenguaje— a algunos sujetos con trastornos psiquiátricos (como los sujetos diagnosticados con esquizofrenia y otros trastornos que implican demencias) que han comenzado a perder sus capacidades lingüísticas, y en consecuencia, conceptuales.

Resulta notable, y en un sentido negativo, que esta amplia diversidad de seres y objetos sean todos agrupados bajo una misma categoría —la de “las criaturas sin pensamiento”. En oposición a Davidson, pienso que las conductas y capacidades de al menos algunas de estas criaturas mencionadas, en las cuales la mente aún no “apareció” o “desapareció” totalmente, no pueden ser explicadas adecuadamente bajo esta perspectiva. Antes bien, resultaría más fructífero poder establecer distintos estadios y categorías que permitan dar cuenta de la diversidad de capacidades (o incapacidades) de todas estas criaturas y objetos.²³

En particular, para los casos de esquizofrenia que aquí nos ocupan, he intentado defender, a lo largo de este trabajo, que podemos considerar que estos sujetos aún conservan pequeñas redes de pensamiento.

²³ No obstante, reconozco que esto no nos libera de la tarea de describir el pasaje desde los estadios iniciales “sin pensamiento” (susceptibles de ser descriptos puramente en un vocabulario físico) a los primeros estadios en los que aparecería progresivamente el pensamiento (y que, en consecuencia, pudiéramos describir, presumiblemente con términos mentales).

Después de todo, estos sujetos han tenido pensamiento alguna vez, sólo que el mismo parece estar “desapareciendo”. En este sentido, pienso que este no es un fenómeno de todo o nada, tal como plantea Davidson con la aparición del pensamiento, sino que antes bien, es progresivo y gradual.

Las conclusiones a las que he arribado buscan apuntar a una gradualidad en la posibilidad de extender el enfoque davidsoniano de la atribución intencional, pues las dificultades con las que éste se enfrenta ante distintos tipos de trastornos psiquiátricos, difieren, según la gravedad de cada caso. He intentado mostrar que no hay argumentos *a priori* para negar la atribución a sujetos diagnosticados con esquizofrenia incluso en casos graves. No obstante, la cuestión de *hasta dónde* podría extenderse razonablemente el enfoque de Davidson (incluso bajo la versión revisada que he propuesto) no puede resolverse de antemano. Es preciso recurrir tanto al análisis conceptual como al análisis de registros clínicos y a la producción de evidencia empírica específica para establecer qué tipos de dificultades hallamos en los diversos casos que se alejan del estándar de un humano adulto sin trastornos.

Bibliografía

- American Psychiatric Association (2000). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders: DSM-IV-TR* (4th ed., text revision.). Washington, DC: American Psychiatric Association.
- American Psychiatric Association (2014). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders: DSM-V-TR* (5th ed., text revision). Washington, DC: American Psychiatric Association.
- Bennett, J. (1976). *Linguistic Behaviour*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bermúdez, J.L. (2003). *Thinking Without Words*. Oxford: Oxford University Press.
- Berrios, G. E. (1991). Delusions as “Wrong Beliefs”: a Conceptual History. En *The British Journal of Psychiatry. Supplement*, (14), 6–13.
- Bortolotti, L. (2005). Delusions and the Background of Rationality. En *Mind and Language*, 20 (2), 189–208. doi:10.1111/j.0268-1064.2005.00282.x
- Campbell, J. (2009). What does Rationality have to do with Psychological Causation? Propositional Attitudes as Mechanisms and as Control Variables. En *Psychiatry as Cognitive Neuroscience: Philosophical*

- Perspectives*. M. Broome & L. Bortolotti (eds.)(137-149). Oxford: Oxford University Press.
- Carruthers, P. (2008). Meta-Cognition in Animals: A Skeptical Look. En *Mind and Language*, 23, 58-89.
- ____ (2006). *The Architecture of the Mind*. Oxford: Oxford University Press.
- Cherniak, C. (1986). *Minimal Rationality*. Cambridge: MIT Press.
- Crane, T. (2009). Is Perception a Propositional Attitude? En *Philosophical Quarterly*, 59 (236), 452-469.
- Darias Martín M., Fernández Cabrera, N., Gutiérrez, M., López Florido, G. Pérez Chico, D. y Pérez Torres, L. (1997). Aspectos internos y externos de la racionalidad: ¿cuáles son los umbrales de racionalidad exigibles y cómo situarlos? En *Contextos*, 15 (29), 153-178.
- Davidson, D. (2004). *Problems of rationality*. Oxford: Oxford University Press.
- ____ (2003). *Subjetivo, intersubjetivo, objetivo*. Madrid: Cátedra.
- ____ (2001). *Inquiries into Truth and Interpretation*. Oxford: Clarendon Press.
- ____ (1997). La aparición del pensamiento. En *Subjetivo, intersubjetivo, objetivo*. (170-190). Madrid: Cátedra.
- ____ (1985). Incoherence and irrationality. En *Dialectica*, XXXIX, 345-354.
- ____ (1982). Two Paradoxes of Irrationality. En *Philosophical Essays on Freud*. R. Wollheim & J. Hopkins (eds.) (289-305). Cambridge: Cambridge University Press.
- ____ (1980). *Essays on Actions and Events*. New York: Oxford University Press.
- ____ (1974). Beliefs and the Basis of Meaning. En *Synthese*, 27, 309-323.
- ____ (1973). Radical Interpretation. En *Dialectica*, 27, 314-28.
- Dennett, D. (2000). *Tipos de mente*. Madrid: Debate.
- ____ (1971). Intentional Systems. En *The Journal of Philosophy*, 68 (4), 87-106.
- Fulford, K., Thornton, T. & Graham, G. (2006). *The Oxford Textbook of Philosophy and Psychiatry*. Oxford: Oxford University Press.
- Gerrans, P. (2004). Cognitive Architecture and the Limits of Interpretationism. En *Philosophy, Psychiatry, & Psychology*, 11 (1), 43-48. doi:10.1353/ppp.2004.0039
- Glock, H. J. (2003). *Quine and Davidson on Language, Thought and Reality*. Cambridge: University Press.
- ____ (2000). Animals, Thoughts and Concepts. En *Synthese*, 123, 35-64.

- Hecker, E. (1995). La hebefrenia. Contribución a la psiquiatría clínica. En *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 15 (53), 97-103.
- Klee, R. (2004). Why Some Delusions Are Necessarily Inexplicable Beliefs. En *Philosophy, Psychiatry, & Psychology*, 11 (1), 25-34. doi:10.1353/ppp.2004.0044
- Lurz, R. (2009). Animal Minds. En *Internet Encyclopedia of Philosophy*. Recuperado de: <http://www.iep.utm.edu/ani-mind/>.
- _____. (2007). In Defense of Wordless Thoughts about Thoughts. En *Mind and Language*, 22, 270-296.
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (1992). *CIE-10. Clasificación internacional de las enfermedades, trastornos mentales y del comportamiento* (10° ed.) Madrid: Méditor.
- Prinz, J. (2002). *Furnishing the Mind. Concepts and their Perceptual Basis*. Cambridge: MIT Press.
- Reimer, M. (2012). Davidsonian Holism in Recent Philosophy of Psychiatry. En *Donald Davidson on Truth, Meaning, and the Mental*. G. Preyer (ed.) (249-269). Oxford: Oxford University Press. DOI:10.1093/acprof:oso/9780199697519.003.0012
- _____. (2011). A Davidsonian Perspective on Psychiatric Delusions. En *Philosophical Psychology*, 24(5), 659-677. doi:10.1080/09515089.2011.562642
- Schwitzgebel, E. (1997). *Words about Young Minds: The Concepts of Theory, Representation, and Belief in Philosophy and Developmental Psychology*. Dissertation. Department of Philosophy, U.C. Berkeley. Recuperado de: <http://www.faculty.ucr.edu/~eschwitz/SchwitzPapers/Diss.pdf>
- Searle, J. (1996). *Intencionalidad*. Madrid: Tecnos.

